www.elboomeran.com

Niklas Maak

Technophoria

Vegueta Narrativa

© F.A.Z.-Karte / Sturm

Niklas Maak (Hamburgo, 1972) estudió Historia del Arte, Arquitectura y Filosofía en Hamburgo y en París. Entre sus profesores, destacó el filósofo Jacques Derrida. Trabaja como redactor y director de la sección de arte y arquitectura del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y es profesor de la Städelschule de Frankfurt y la Universidad de Harvard.

Ha sido galardonado, entre otros, con los premios George F. Kennan a la Crítica Arquitectónica (2009), Henri Nannen de Periodismo (2012), Premio de la Crítica de Arquitectura de la Asociación de Arquitectos Alemanes (2015) y Premio de Ensayo Johann Heinrich Merck (2022).

Es autor de numerosas obras de no ficción, como *Der Architekt am Strand. Le Corbusier und das Geheimnis der Seeschnecke* (2010), *Fahrtenbuch. Roman eines Autos* (2011), *Wohnkomplex. Warum wir andere Häuser brauchen* (2014), *Atlas der seltsamen Häuser und ihrer Bewohner* (2016), *Durch Manhattan* (2017) y *Eine Frau und ein Mann* (2023).

Parte de las investigaciones recogidas en su obra ensayística más conocida, *Server Manifesto: Data Center Architecture and the Future of Democracy* (2022) han inspirado *Technophoria*, su primera novela, publicada en castellano por Vegueta en 2024.

www.elboomeran.com

Vegueta Narrativa
Colección dirigida por Eva Moll de Alba

Título original: ***Technophoria*** de Niklas Maak

© 2020 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© Niklas Maak
© de esta edición: Vegueta Ediciones S.L., 2024

Roger de Llúria, 82, principal 1ª
08009 Barcelona
www.veguetaediciones.com
@vegueta_ediciones

Traducción del alemán: © Isabel García Adánez
Diseño de la cubierta: Maria Fígols
Diseño de la colección: Sònia Estévez
Fotografía del autor: F.A.Z.-Karte / Sturm
Fotografía de cubierta: Sunshine / stock.adobe.com
Impresión y encuadernación: Kadmos

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-18449-39-0
Depósito legal: B 14261-2024
IBIC: FA

La traducción de esta obra ha sido
apoyada por una beca del Goethe-Institut.

GOETHE INSTITUT

Este libro ha sido impreso en España en papel libre
de cloro, 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 45).

CEDRO

www.elboomeran.com

Niklas Maak

Technophoria

Traducción del alemán de Isabel García Adánez

Vegueta Narrativa

www.elboomeran.com

Índice

Qattara	13
Piloto	28
Ciudad	65
Mar	124
Bosque	173
Gorila	194
Robot	226
Autonomía	257
Desierto	274
Technophoria	298
Créditos fotográficos	300
Referencias de los textos citados	301

www.elboomeran.com

«We rise and fall together».

MISSION STATEMENT, GOOGLE ALPHABET
SIDEWALKS LABS

www.elboomeran.com

QATTARA

«La depresión de Qattara es una cuenca arreica y desértica situada dentro del desierto de Libia, en la gobernación de Matruh, al noroeste de Egipto. Sus dimensiones máximas son 120 km de longitud y 80 km de anchura. La única colonia habitada regularmente en la depresión de Qattara es el oasis de Qara, donde viven unas 300 personas. Además, suelen vivir en ella tribus de beduinos nómadas. En el año 1916, el geólogo Albrecht Penck tuvo la idea de construir allí una central hidroeléctrica, proyecto que despertó el asombro general, dada la absoluta falta de agua. Dado que el punto más profundo de la depresión se encuentra a 133 metros bajo el nivel del mar, cabría la posibilidad de excavar un canal de varias docenas de kilómetros para la entrada de agua desde el Mediterráneo hasta el borde norte de la depresión. El plan se ha iniciado en varias ocasiones, si bien las dificultades técnicas siempre han llevado a su cancelación».

Enciclopedia Brockhaus; entrada: «Qattara».

www.elboomeran.com

Octubre de 1978

Así termina, pues. Va en el asiento trasero del coche, a la derecha, igual que cuando era niño, solo que ahora viaja alguien a su lado y, al volante, un tipo al que no ha visto en su vida; lo llevan para allá, y él lleva los planos en el maletín, todo está hablado.

El coche oficial del Ministerio de Economía de la República Federal de Alemania avanza a toda velocidad por la autopista Colonia-Bonn, una colonia de nueva construcción congelada pasa volando al otro lado de las ventanillas; píceas cubiertas de escarcha, unas praderas, una señal de autopista azul, un camión sucio, conductor con la mirada fija, sin afeitar, un coche amarillo canario en el carril derecho. ¿Había un ciervo en la linde del bosque? Quizá había un ciervo en la linde del bosque. Un lago helado.

Se imagina qué vendría a continuación: lo conducirían a la sala de reuniones donde ya estaría esperando el comité de expertos, alguien de la nueva administración le daría la bienvenida, buenos días, tome asiento, permítanme que les presente a Hans-Walter Ehlen, que ahora se incorpora a nosotros. El Dr. Ehlen es ingeniero, colaborador del Instituto de Hidrología y Economía del Agua de Darmstadt, pero, lo que es más importante, también es asesor del gobierno egipcio y miembro de un equipo de investigación del citado ministerio compuesto por ochenta científicos y técnicos que han desarrollado uno de los mayores proyectos urbanísticos del mundo, a saber, la construcción de un canal para llevar agua del Mediterráneo hasta una cuenca arreica del desierto de Libia con objeto de que, allí, a 130 metros por debajo del nivel del mar, se forme el mar interior artificial más grande del mundo.

www.elboomeran.com

Bueno, artificial... hace mucho, mucho tiempo, aquello tampoco era un desierto, sino un enorme mar. Que en algún momento se secó. En el fondo, Ehlen no quería hacer otra cosa que reconstruir el estadio natural de la tierra en un tiempo desde el que la realidad actual de un vastísimo desierto se vería como una catástrofe inconcebible. Llevaba quince años trabajando en aquel proyecto, se había pasado cinco volando una y otra vez a El Cairo, levantándose de madrugada: se fumaba un cigarrillo frente a la puerta de su casa en tanto que llegaba el chófer para llevarlo al aeropuerto de Frankfurt, luego cinco horas de vuelo, aterrizaje con todo el calor de la primera hora de la tarde, ruido tremendo, trayecto hasta el hotel... el suelo de mármol del ministerio... días enteros en salas de reuniones con fotos de pirámides y del skyline de Nueva York en las paredes...

El estudio de viabilidad había demostrado que su proyecto se podía llevar a la práctica. Mediante el uso de explosivos, se haría un canal desde el Mediterráneo hasta la depresión de Qattara, y el agua caería hasta la cuenca a través de compuertas que generarían electricidad; claro, con el calor seco de la zona, también se evaporaría muy deprisa, de manera que se canalizaría cada vez más agua. El jefe de Ehlen, Friedrich Bassler, había demostrado que la central eléctrica de Qattara, la primera central de energía hidrosolar del mundo, podría generar, en la primera fase del proyecto, 1,6 gigavatios, y el sistema de almacenamiento por bombeo que habían proyectado llegaría a aumentar la capacidad hasta 6,8 gigavatios... mucha más electricidad que la presa de Asuán... Podría dar abastecimiento a ciudades enteras, a fábricas, y, al cabo de una década, esa parte del desierto que queda tan por debajo del nivel del mar se habría llenado, dando lugar a otro mar: se habrían inundado 18 000 kilómetros cuadrados de desierto. El canal también sería

www.elboomeran.com

navegable por los barcos, surgirían bancos de peces, es más, el desierto de Libia se convertiría en una de las pesquerías más prósperas del mundo, miles de personas que vagaban por el desierto pasando hambre tendrían trabajo como pescadores, se desarrollaría toda una industria nueva, el norte de África emergería como región rica, como nuevo mercado en el cual también tendrían cabida los productos europeos...

Trabajaban en aquel proyecto desde 1963. Quince años... Ehlen se asomó por la ventanilla de la limusina. Allí estaba el edificio nuevo, qué bonitas las vistas a una zona verde; como todos los edificios de la República de Bonn, su instituto de investigaciones estaba oculto en el interior de un parque, al igual que la residencia del Canciller, que ni siquiera se veía desde la carretera... cuando la televisión daba la noticia de alguna reunión en la Cancillería, se veía a Helmut Schmidt en una caravana de limusinas pasando por delante de una garita para adentrarse en un parque, y así daba la sensación de que Alemania —¡qué romántico!— estaba gobernada desde un bosque.

Suena por la radio *Hiroshima* de Wishful Thinking. Helmut Schmidt felicita a Sadat y lo llama «amigo» y «hombre con visión de futuro».

A su lado, sobre la tapicería de terciopelo verde del Mercedes, lleva Ehlen el telegrama de felicitación que debe enviarle al presidente egipcio Anwar el Sadat, ahora que acaba de recibir el Premio Nobel de la Paz conjuntamente con Menahem Begin. Sadat es quien los ha contratado, se conocieron a través de Helmut Schmidt cuando este todavía era ministro de Economía. Schmidt captó enseguida lo que podría significar el proyecto de Qattara para la industria alemana; Sadat se mostró crítico, no consiguieron convencerlo del todo, el tema de las explosiones nucleares lo echaba para atrás. En fin. Pues no había otra manera

de hacerlo. Y ellos no eran unos descerebrados. Un equipo de nada menos que ochenta personas calculándolo todo con total precisión durante años... Los 60 kilómetros de canal que hacían falta para inundar la depresión de Qattara no se podían excavar, y, dada la altura de la cordillera que mediaba entre esta y el mar, la dinamita común no habría de servir para mucho, con lo cual —y de esto estaba convencido Bassler—, la única opción para crear el canal era recurrir a detonaciones nucleares.

¿Cómo? Sí, sí, eso mismo. Ese era el plan de Bassler. Doscientas trece perforaciones en las que se colocarían dispositivos nucleares de 1,5 megatones cada uno y ¡pum!, en pocas semanas estaría hecho un canal estupendo. Una remodelación del planeta para mejor. Un mar en el Sáhara que contribuiría a una intensa formación de nubes... y bajo esta nueva capa de nubes reinarían temperaturas claramente más agradables, llovería sobre un suelo fértil, los desiertos reverdecerían, surgirían millones de puestos de trabajo... Ahora bien, a la gente le daba miedo la energía nuclear; la energía atómica era para ellos sinónimo de la guerra y la carrera armamentística, se había escrito que Bassler pretendía detonar «más de cien veces la bomba de Hiroshima», y la cosa sonaba a fin del mundo. La gente no se fiaba de la tecnología. Eran *enemigos de la tecnología*, sobre todo la juventud, cuando todo aquello se hacía por ellos, por su futuro... y así es como lo agradecían: manifestaciones antinucleares, pelos largos, crítica al capitalismo, comunas en el campo, maoísmo.

Su hijo. Justo unas semanas atrás había cumplido los veintiuno. Cuando tenía veintiún años él... corría 1930.

Bassler había estudiado Ingeniería Civil en Múnich, luego le había tocado servir en el ejército. En la Luftwaffe. En 1941 había sido oficial del Afrikakorps de Rommel en el desierto

de Libia. Esa fue la primera vez que estuvo en la depresión de Qattara o, más bien, cerca de la cuenca, puesto que en realidad no se podía acceder al interior de aquel sucio socavón de dimensiones inabarcables donde ciertamente no había más que unos cuantos guepardos y los contados moradores del oasis de Qara... un interior al que ellos nunca habían llegado, porque

www.elboomeran.com

se les hundían los tanques en la arena; de ahí que la maldita batalla tuviera lugar en la costa, al otro lado del desierto, en El Alamein. Porque allí no había por dónde avanzar. Todo aquel que hubiera visto Qattara alguna vez, la desolación y tristeza inconmensurables e infinitas de aquel desierto, sin duda celebraría la idea de inundarlo, de borrarlo del mapa. Se percibía que aquel lugar no estaba concebido para ser así, que aquel desierto era el resultado de una catástrofe cósmica, de una desertización del mundo incompatible con la vida y contrario a toda idea de creación, que la inundación repararía el plan originario para la Tierra... Los franceses ya habían soñado con un canal a finales del siglo XIX, al hijo de Julio Verne le dieron las fantasías para una novela entera, *La invasión del mar*, que luego publicó con el nombre de su padre, con la única diferencia de que, en la novela, es un terremoto lo que hace que el mar invada el desierto, ahorrándoles la tarea a los ingenieros. Luego quisieron construir un canal los ingleses, y hasta la CIA aconsejó al presidente Eisenhower inundar Qattara, en su despacho guardaban una carta: la inundación sería «espectacular y pacífica» y cambiaría sustancialmente el clima de los años venideros —ponía—, y durante la fase de construcción crearía «puestos de trabajo y después espacio vital para los árabes de Palestina», y también incrementaría el nivel de bienestar, así como el gusto por consumir de una amplia franja de la clase media «paliando la influencia de los soviéticos en la región».

Los soviéticos... Sentado al lado de Ehlen, como plegado sobre sí mismo, va un tipo joven y flaco, con el pelo un poco largo y la boca ligeramente abierta, con pelusilla por bigote. Ehlen no terminaba de entender qué se le había perdido allí y por qué tenía que ir con ellos; sea como fuere, trabajaba para uno de los colaboradores del nuevo ministro de economía.